

HAZELDALE

Elisa Macías

Ilustración de Marina Speer



HAZELDALE

HAZELDALE

Elisa Macías Macías

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Elisa Macías Macías, 2021

©Ilustración: Marina Speer, 2021

©Ediciones Dorna, 2021

www.edicionesdorna.com

Impreso en España por Podiprint

ISBN: 978-84-122853-5-2

IBIC: FM

Aviso de contenido sensible: violencia, muerte, sangre, agresión homófoba y racista.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible contáctanos en nuestro Twitter [@EdicionesDorna](https://twitter.com/EdicionesDorna) o nuestro Instagram [@edicionesdorna](https://www.instagram.com/edicionesdorna).

*Para Laura, porque siempre estuviste ahí.
Para Oni, porque también estuviste
pero siempre estarás.*



1

CHARLAS DE VERANO

Había sido difícil despedirse y marcharse de allí la primera vez, pero más lo fue volver tras pensar que no tendría una razón para hacerlo nunca más.

Tiró del cable de los auriculares una vez que vio el cartel de entrada. Los latidos del corazón fundiéndose con el ritmo de la música. Casi se le había olvidado cómo era un recibimiento en la plaza de su pueblo. Casi.

Llevaba desde que había entrado en Andalucía pensando en lo que pasaría en cuanto bajase las escaleras del autobús. Avellanilla no llegaba ni siquiera a los cinco mil habitantes y ninguno de los antiguos alcaldes había considerado necesaria una parada oficial, con su estructura, su edificio y sus aparcamientos. En vez de eso, tenían que conformarse con una taquilla junto a una tienda y un banco con un poste. Diana no podía quejarse, sabía que muchos lugares carecían de parada, o incluso transporte, pero lo único que pedía era que la mitad de la plaza no estuviera pendiente de quién salía del autobús con tres maletas y dos cajas llenas de ropa de invierno.

Claro que pedir que la gente de Avellanilla no cotillease lo único interesante que pasaba por allí cada dos semanas era un deseo imposible.

—¿Esa no es la mayor de la Luisa?

—Pensaba que volvía en julio.

—No, ese es el de la Encarni.

Diana intentó no mantener contacto visual con nadie mientras bajaba las maletas una a una. Maldijo que ni su madre ni su hermana estuviesen allí a tiempo, y eso que había conservado la suficiente batería del móvil para avisarlas de que estaba llegando. La táctica de no alzar la mirada hacia la sociedad no le sirvió, pues igualmente una mano de nudillos peludos le asustó al agarrar el asa de su segunda maleta antes que ella. Parpadeó, topándose con un rostro conocido pero que no llegaba a reconocer del todo. Bien podría ser el panadero, o el carnicero, o el del estanco. Diana fingió una sonrisa de dientes apretados.

—Gracias, no se moleste...

—Anda, la niña, cómo se nos ha puesto de fina —espetó.

Diana se sonrojó, aunque no sabía muy bien por qué. Él rio por lo bajo y se dispuso a bajar el resto del equipaje mientras la chica intentaba ayudar o, al menos, salvar sus pertenencias más delicadas de los meneos que le metía ese hombre. Lo único que recordaba de él era que se dedicaba a decirle a todos los habitantes del pueblo que, si tenían pensado reformar la casa, él siempre podría hacerlo mejor.

—¿Qué tal el viaje, cariño? ¿Se ha parado el autobús en muchos pueblos? —preguntó una vecina que Diana reconoció como doña Concha, empeñada en darle dos besos muy sonoros.

Esa vez, Diana sí se esforzó en sonreír.

—Bueno, lo normal. Ha bajado a Úbeda antes de subir aquí.

Doña Concha apretó los labios y negó con la cabeza, muy dolida.

—Mira que se lo tengo dicho a tu madre, que te cojas el autobús directo, que el de ruta te para por todos los pueblos.

—Ya, Doña Concha, pero es el único autobús que puedo coger en mi horario —respondió casi en un suspiro. Daba igual, sabía que iba a volver a decirle lo mismo en un par de semanas.

Diana miró a su alrededor mientras más vecinos se acercaban a ella, a cada cual con preguntas más personales, como si se tratase de derrotar a los jefes finales de los niveles de un videojuego.

—¿Qué era lo que estabas estudiando en Madrid?

—Bellas Artes.

—¿Y ya has acabado la carrera?

—Sí, ya me he graduado. Por fin.

—¿Te quedas solo este verano o ya para siempre?

—No... Depende. Quiero buscar trabajo en Madrid y eso...

—¿Te has echado algún amiguillo?

—Eh...

Diana temió haber suspirado del alivio demasiado alto cuando vio el coche de su madre doblar la esquina. Los vecinos se dispersaron para abrirle paso a Luisa, el terremoto que se lanzó para presionarle un beso húmedo y sonoro en la mejilla a su primogénita. La chica dibujó una mueca de fastidio fingido y observó a su hermana pequeña por encima del hombro de su madre, quien actuaba como si no le importase en absoluto no haber visto a Diana en meses. Suspiró, divertida. La edad del pavo.

—Lo siento, cariño, estábamos en casa con el técnico. ¿Nos has esperado mucho?

—No, qué va —le dio un abrazo, acercando sus labios, que forzaban una curvatura para poder susurrarle entre dientes —, pero unos minutos más y los vecinos me sacan las bragas de la maleta para ver si he comido bien.

Luisa camufló una risa en un bufido y le dio un pequeño empujón al separarse, negando con la cabeza.

—Qué brutita eres, hija.

Diana chasqueó la lengua y se quedó mirando a su hermana, Anabel, que tenía la mirada pegada a la pantalla de su móvil con gesto despreocupado. «Por favor, hermana, no alimentes el cliché», pensó. Luisa se agachó para coger una de las maletas mientras ella se acercaba a la adolescente, cruzándose de brazos.

—¿Qué? ¿No me dices nada?

Anabel alzó la cabeza, aburrida, como si llevara media hora allí.

—Eh. ¿Qué tal?

Diana resopló y le dio un abrazo que no fue correspondido, pero tampoco negado. Incluso con la recién adoptada indiferencia de su hermana, pudo sentir cómo le emocionaba su llegada. Aunque en el fondo, muy en el fondo. Como el perro que está tumbado en el suelo con los ojos cerrados pero mueve la cola al escuchar llegar a su humano.

Diana y Anabel ayudaron a su madre a cargar el coche y, tras una leve disputa sobre quién debería ponerse delante, Diana se sentó junto a su madre con gesto triunfal y despidiéndose de los vecinos con un movimiento de mano. Respiró, aliviada. Por fin un poco de paz, aunque fuera mínima.

—Te va a encantar la reforma del salón, el señor Ruiz lo ha dejado precioso.

Diana frunció el ceño.

—¿Quién?

—El señor Ruiz, estaba en la plaza. Antes era nuestro vecino, ¿no te acuerdas?

—Ah, de eso me sonaba—murmuró Diana mirando por la ventanilla, perdiendo interés.

Escuchaba el nerviosismo de su madre en la voz. No quería ponérselo difícil, pero a Diana le costaba pensar en el nuevo apartamento con cariño. Si se le podía llamar apartamento... Un bajo que más bien parecía un sótano con apenas luz, sin patio, sin jardín. Sin persiana. Eso su habitación, que además olía al siglo pasado. No lograba entusiasmarse al pensar en la nueva casa.

—El técnico nos ha instalado una tele nueva. Tiene eso de... ¿Cómo era, Anabel?

—Netflix —gruñó la pequeña en respuesta.

Luisa asintió con la cabeza, sonriente.

—Eso, *Neflis*. Y en cuanto nos instalen el *router* podremos ver películas juntas.

Diana desvió la mirada hacia su madre e intentó dibujar una sonrisa lo menos sarcástica posible. Lo hizo como pudo.

—Qué bien, mamá.

Volvió a fijar la vista en el paisaje que les rodeaba. Las casas con tonalidades blancas y marrones, los pequeños balcones de verjas negras, los corrillos de señoras sentadas en la acera. Sentía el traqueteo de los suelos de piedra y escuchaba a los niños jugando en la plaza. A lo lejos, el sol caía detrás de las montañas repletas de verde, incluso siendo verano.

Notó un pinchazo en el pecho cuando el coche dobló una esquina contraria al camino que llevaba a su antigua casa de las afueras del pueblo, con sus dos plantas, su piscina, sus columpios y un sótano en el que invitaba a sus amigos a pasar los fines de semana. Otro pinchazo más. Se preguntaba si estarían dispuestos a quedar con ella después de haberlos ignorado cada vez que hablaban por el grupo de WhatsApp que tenían los cuatro amigos.

Entonces se dio cuenta de que no iba a *pasar el verano* allí, sino que había vuelto para quedarse. Se le habían acabado los cursos y las excusas para volver a Madrid. No iba a instalarse de nuevo en ese piso diminuto, pero «con encanto» (como decía el casero) en el centro de Malasaña.

El verano no olía al romanticismo propio del salitre del mar, la crema solar y el marisco bien cocinado, sino a romero, roca seca y al cloro de la piscina a la que nunca la invitaron de pequeña.

Para Diana, el verano dejaba de tener esa magia de entre tiempos en los que su vida se detenía para tomarse unas merecidas vacaciones. Dejaba de ser una coma para convertirse en un punto y aparte.

El verano no olía a globos de agua, sino a asuntos sin resolver.

La puerta de madera era de esas con truco, de las que había que tirar hacia uno mismo antes de girar la llave y dar dos empujones para que abriese.

Diana tenía que reconocer que el interior de la casa había mejorado desde la última vez que la había visto. El salón parecía algo más habitable y moderno, aunque lo que más ayudaba a recrear ese efecto era la televisión nueva. También se alegraba de que su madre hubiera decidido deshacerse de los azulejos amarillos del cuarto de baño y del gotelé de sus habitaciones. Por desgracia, seguía sin tener persianas en su cuarto, y las vistas a la piscina hinchable del vecino no se podían reformar. Al menos las cortinas eran nuevas.

—¿Te has sentado en la cama? ¡Es de colchón viscoelástico, y más grande que la antigua que tenías!

Diana sonrió con gesto amable, mirando a su alrededor. Era ligeramente más grande que su cuarto de Madrid y con las obras había quedado decente. Su madre aún conservaba algunos peluches y figurillas de la antigua casa y los había colocado tanto en el escritorio como en la cama con tanto esmero que no tenía corazón para decirle que no quería tenerlos allí. Se sentó en ella y dio dos botecitos para contentarla. Su madre la siguió, pegándose tanto que parecía tener miedo de que en cualquier momento se fuese a escapar. Diana miró por encima del hombro, a sus maletas y sus cajas sin deshacer. Para entonces, Anabel ya había desaparecido.

—No has comido muy bien en Madrid, ¿verdad?

Diana frunció el ceño ante la pregunta inesperada. Aunque tampoco le pillaba de sorpresa, ya había sospechado que le caería interrogatorio sobre lo mucho que había engordado ese último año. Pero no había esperado que fuera tan pronto.

—¿A qué viene eso?

—Has cogido peso, cariño. Que no pasa nada, pero con lo guapa que eres... Deberías cuidarte más.

Ella puso los ojos en blanco.

—Pues ya estaría, ni medio día has aguantado sin soltármelo.

—Pero si te lo digo porque me preocupo por ti. ¡Ya te estás poniendo a la defensiva!

—¡Para eso me tendría que haber sacado el escudo medieval! Solo te digo que la primera conversación que has sacado ha sido sobre mi cuerpo. No es muy bonito eso.

Luisa intentó mantenerse seria mientras Diana hablaba, pero el temblor de la comisura del labio la delató. Se echó a reír, frotándose la frente y provocando que ella también se riera, aunque no quisiese.

—Qué humor más raro tienes, hija. Pues si no quieres que hablemos de eso, cuéntame, ¿cuáles son tus planes ahora?

Diana giró la cabeza, tensa, y se encogió de hombros. Su madre la miró sin pestañear mientras ella dibujaba una mueca incómoda, camuflándola con una expresión risueña.

—Pues... No sé, buscarme un trabajillo de verano para ahorrar y poder irme de nuevo a Madrid en septiembre, supongo.

La sonrisa de su madre se desvaneció.

—¿Vas a volver a Madrid?

—Si encuentro un puesto fijo allí, sí...

—Ah, bueno. —Luisa hizo un movimiento con la mano para restarle importancia y bufó. Diana no supo cómo tomárselo—. Aún queda mucho, entonces. ¿Quieres que le pregunte a Ángeles por la empresa de su hijo? Está en Úbeda, te puedes ir en coche con él.

—No lo sé, mamá. Ya le preguntaré yo.

Su madre negó con la cabeza, para nada convencida.

—Luego no lo haces.

—Que sí, que lo hago.

—Bueno —suspiró. No parecía muy convencida. De pronto, alzó las cejas, dándole una palmada en la rodilla y dejando la mano ahí—. ¿Y en la tienda de tu amigo? Está muy cerca de aquí, así no tendrías que moverte.

—¿Quién? ¿Min? Dudo mucho que quieran más personas en su tienda. Además, es un negocio familiar.

—Ah, es verdad, que son chinos.

Diana entrecerró los ojos, confusa.

—¿Qué tendrá que ver eso?

Luisa suspiró, negando con la cabeza, y le dio la espalda tras ponerse en pie, como todas las veces anteriores que había querido cortar una conversación porque no le gustaba la dirección que tomaba. Suavizó la expresión sonriendo con los ojos.

—¿Quieres cenar sandía? Está buenísima. Aún no he ido a la compra, puedes acompañarme mañana si quieres.

—En realidad había pensado llamar a Cat y cenar con ella para ponernos al día.

No era del todo mentira. Su plan había sido deshacer alguna de las maletas, descansar y, al día siguiente, deliberar por cuál de sus amigos empezaba a pedir perdón por haber pasado de ellos tanto tiempo. Acababa de adelantarlo medio día; le parecía más apetecible volver a ver a su gente de Avellanilla que sufrir una oleada de preguntas sobre su vida personal. Y, de paso, también las miradas de una adolescente que le juzgaba en silencio para soltar algún comentario mordaz e hiriente.

—Me alegro mucho de que sigas hablando con Catalina. Es una buena niña, aunque vista rarito.

—Mamá...

—Vale, vale, no digo nada. Diviértete, cariño. Pero mañana sí que comes con nosotras, que vamos a la casa de los abuelos.

Cuando Luisa cerró la puerta tras de sí, Diana sintió que era la primera vez que respiraba en todo el día. Cerró los ojos y dejó caer el cuerpo hacia atrás con las manos detrás de la cabeza. El cansancio acumulado se le instaló en las piernas, haciéndole cosquillas. Esos últimos días habían sido demoledores, tanto física como emocionalmente. Intentó no pensar en las despedidas y las promesas vacías de verse en

verano. Quería centrarse en que ya había pasado todo. Por fin. Significara lo que significase. Había sobrevivido a la graduación, a la mudanza y al viaje. Ya solo quedaba el resto de su vida.

Se sacó el móvil del bolsillo y comprobó que no tenía mensajes nuevos. Tenía los datos apagados y, por supuesto, no había *wifi*. Bufó. Menos mal que sus amigos madrileños no estaban allí para verlo y alimentar el tópico de que en los pueblos aún no existían las nuevas tecnologías.

Cogió aire. Tampoco estaba preparada para activar los datos: tanto la idea de que le hubiese hablado mucha gente como que nadie se hubiera acordado de ella le inquietaba. Si quería hablar con Cat, tendría que ser con una llamada.

Diana tragó saliva. Las llamadas telefónicas, uno de sus peores enemigos.

Volvió a coger aire y buscó el número de su amiga en la lista de contactos. No lo pensó demasiado antes de presionar el botón. Ella contestó a la cuarta señal:

—¿Quién es?

—Ramón García.

—Ah, qué bien. Me gustabas mucho en El Grand Prix. ¿Sabes si lo van a volver a echar?

—¿De verdad me vas a seguir el juego?

—Ya no, te lo has cargado.

Diana rompió a reír y se quitó un peso de encima. Escuchar la voz de Cat le hacía sentir como si nunca se hubiese ido, aunque sabía que el asunto seguía pendiente. Se mordió el interior de la mejilla. Podía escuchar la música *lofi* que su amiga tenía puesta. No sabía cómo podía aguantar ese silencio incómodo, a ella le estaba matando.

—Pues he vuelto a Avellanilla —soltó del tirón, rascándose la nariz.

—Lo sé. Mi tía te ha visto en la plaza.

—Ah, pues yo a ella no.

—Obviamente.

Diana forzó una sonrisa de labios apretados aunque ella no pudiera verla, esperando que se notase en la voz.

—Sé que es tarde, pero ¿quieres que cenemos juntas? Podríamos ponernos al día, hace mogollón que no te veo.

Cat hizo un ruido extraño al otro lado del teléfono. Diana frunció el ceño.

—Si me das cinco minutos me pongo las zapatillas y bajo a tu casa. Iba a quedar con Adri y Min, pero seguro que se quieren unir.

Diana se tensó.

—¿Tú crees? A lo mejor es muy tarde para ellos...

—Tía, que esto es Avellanilla, no Madrid. No se tarda tres días en salir del centro, querrán quedar.

Suspiró, derrotada. Min era... intenso. De todos modos, tendría que lidiar tarde o temprano con la ronda de preguntas comprometidas. Se relajó porque, en fin, algo más que se podría quitar de encima.

—Hacemos una cosa, quedamos en veinte minutos en la pizzería de Manu... Sigue abierta, ¿no?

—Esa pizzería nos va a enterrar a todos. Antes se va el pueblo a la mierda que ese sitio.

Sonrió. Quería abrazarla, quería decirle que la había echado de menos, aunque no lo pareciese. Pero sabía que no iba a mejorar las cosas solo con esas palabras.

—Nos vemos allí entonces.

—Hasta ahora, urbanita.

De lejos, vislumbraba los colores pastel de la ropa y el pelo de sus amigos. La sonrisa de Diana se ensanchaba conforme más se acercaba a la pizzería, pero las manos empezaron a temblarle.

Cat seguía igual, con el pelo azul (que seguramente Min le había teñido) recogido en dos trenzas y la ropa colorida comprada por internet. Probablemente, todo el conjunto no le habría costado más de veinte euros. Min sí parecía distinto: más estilizado, más liberado. Fumaba de un cigarro

de liar con una mano apoyada en el codo contrario y llevaba una camisa de flores, bermudas y el pelo de un color que nunca le había visto. Se preguntó qué pensaría su familia de su nuevo *look*. Adri no destacaba más que por su enorme altura y por el hecho de que estaba junto a dos de las personas más llamativas del pueblo. Los tres se giraron hacia ella al mismo tiempo y se sintió violenta.

—Dichosos los ojos —fue lo primero que dijo Min a modo de saludo. El humo se le escapaba a través de la sonrisa—. Hasta que no te he visto no me he creído que hubieses vuelto.

—Ella, desertora —añadió Cat con una sonrisa burlona.

Diana sonrió y se acercó para abrazar a su amiga. Olía a hogar, a infancia.

—Qué lindas trencitas.

—Son chorizos.

Rio ante la respuesta, satisfecha por la referencia. El abrazo de Adri fue aún mejor. Min saludó con la cabeza.

—¿Y tú qué? ¿Por fin decidiste quemar los polos?

Su amigo formó una mueca de fastidio.

—Mis padres tenían que aceptar tarde o temprano que no podía vestir de hetero. Aún me siguen comprando camisas *beige*.

Diana rio. Min apagó el cigarro y se sentaron en una mesa de la terraza. Escuchaban las risas del bar de enfrente y veían a los chiquillos corriendo por el medio de la pequeña carretera mientras sus madres gritaban que tuviesen cuidado. No era Malasaña, ni Callao un sábado por la tarde, pero tenía que reconocer que la vida que se respiraba allí estaba llena de energía, solo que tenía una vibración distinta.

—Bueno, D —empezó Min dejando la carta en la mesa tras pedir y entrelazando los dedos—. ¿Qué tal graduarte en Bellas Artes? ¿Ya estás echando para trabajar en una hamburguesería de Úbeda?

—Muy gracioso —bufó Diana con una sonrisa altanera. Tras unos segundos de silencio, añadió—: Sí, voy a hacerlo. Ni idea de si me van a coger.

—No te desanimes, no tienes por qué encontrar trabajo la primera semana de búsqueda. A tu ritmo —dijo Adri, que le sonrió con calidez. Ella le imitó, gustosa.

Min suspiró con expresión soñadora y se apoyó en el hombro del otro chico. Cuando se trataba de Adri, el gesto se le suavizaba tanto que parecía otra persona.

—Mi niño, qué blando eres cuando quieres.

Adri alzó las comisuras de la boca en una sonrisa imperceptible y Min se giró hacia él con mirada casi depredadora, respondiendo así a la pregunta silenciosa de Diana sobre si aún seguían juntos. Tampoco podían hacer mucho más si no querían que todo Avellanilla se enterase de que estaban saliendo... Supuso que aquello tampoco había cambiado. Cat fingió una arcada.

—Cursis, qué asco dais.

Min desvió la vista hacia ella y se cruzó de brazos con altivez.

—Tú calla, mamarracha —espetó.

En ese momento, el camarero dejó las bebidas en la mesa, mirando de reojo a los dos chicos, como si le incomodaran de alguna forma. Ellos no se fijaron, pero ella sí, aunque decidió no decir nada, por si acaso. Min cogió su cerveza y se giró hacia Diana.

—Lo importante aquí, ¿con cuántas chicas te has liado en Madrid?

Diana resopló y negó con la cabeza, divertida.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Me vas a quitar puntos del carnet de bisexual?

—Depende. ¿Con cuántas? —insistió, dando después un largo sorbo con las cejas alzadas.

Adri le dio un pequeño golpe en la sien para hacer que su novio arrugase la nariz, molesto.

—¿No has pensado que a lo mejor le incomoda esa pregunta? No seas cotilla, anda.

—Gracias, Adri. En realidad es que prefiero que se quede con las ganas de saberlo.

Diana ladeó la cabeza y enseñó los dientes al sonreír; Min chasqueó la lengua.

—Vamos, que no te has comido una rosca.

Ella suspiró de nuevo y miró a Cat, dispuesta a cambiar de tema.

—¿Y vosotros qué habéis estado haciendo?

—Aparte de morirme del asco —empezó la otra chica encogiéndose de hombros—, estoy en un curso de Hostelería y Turismo a distancia mientras trabajo por las mañanas de camarera en un restaurante de Úbeda.

—Al menos tú sales de aquí —bufó Min—. Yo sigo teniendo que trabajar en la tienda de mis padres, ni siquiera me dejan servir en el restaurante. Confían lo suficiente en mí para hacer inventario de patatas pero no para tomar nota de la comida que pide la gente. Pista: todo el mundo pide el arroz tres delicias. No es tan difícil, los españoles sois unos básicos.

—Cariño, te pasarías el día bebiendo e invitando a chicos guapos a rollitos de primavera. No le saldría rentable a tu familia —agregó Adri, arrugando la nariz en una sonrisa divertida.

Min se cruzó de brazos, intentando no refunfuñar mucho por algo que en el fondo sabía que era cierto. Cat se rio incluso más fuerte que Diana.

—¿Y tú, Adri? ¿Estás haciendo algo?

—Sigo en el campo de mi padre. Este año está la cosecha yendo muy bien, espero que podamos irnos de vacaciones.

—Me encanta cuando te pones en plan señor mayor —bromeó Min con una sonrisa de medio lado.

Manu no tardó en dejar las tres pizzas en la mesa y los jóvenes atacaron su cena. Min apoyaba la mano distraídamente en la pierna de su novio por debajo de la

mesa, aunque no le duraba mucho tiempo allí porque Cat no dejaba de tirarles los trocitos de champiñones que no quería. Diana frunció el ceño.

—¿Por qué te la pides con champiñones si no te gustan?

—Para poder atacar a los ñoños. —Cat se metió un trozo grande de pizza en la boca y miró a su amiga, alzando las cejas con sorpresa sin terminar de masticar—. Eh, ahora que estamos las dos en Avellanilla podemos unir fuerzas. Ya no seré el candelabro de este grupo.

—Perdona, *apollardá*, ¿qué has dicho? —preguntó Min echando hacia atrás la cabeza y arqueando una ceja con insolencia.

Cat suspiró con hastío.

—Pues que soy Lumière, si no es nada nuevo. ¿De qué te extrañas?

—No, has dicho Avellanilla. Aquí no se dice esa vulgaridad.

Ella relajó los hombros al escuchar la réplica, haciendo un movimiento con las manos como si espantase mosquitos para quitarle importancia.

—Es verdad, perdón. Ya que estamos aquí, en *Hazeldale*.

—La chica se empeñó en decir la última palabra con exagerado acento inglés y mucho retintín.

Min asintió, satisfecho, mientras Adri negaba con la cabeza y Diana reía.

—¿Aún seguimos con lo de *Hazeldale*? Pensaba que habría pasado de moda.

—Pues no, si sigue siendo el nombre del grupo de WhatsApp. Se nota que pasas de nosotros.

El trozo de pizza le cayó por la garganta como si fuera un cubito de hielo. Se merecía aquel tono acusador y lo sabía. Además, Min nunca había sido de edulcorar las cosas. Lejos de ser disimulado, Adri le pegó tal codazo que lo hizo bufar, y Min lo miró tan ofendido como si acabase de pisarle la cola a un cachorro. Cat se apresuró en cambiar el tema de inmediato, girando todo su cuerpo hacia su amiga:

—¿Vas a venir con nosotros a las fiestas de Úbeda?

Diana se encogió de hombros, aún algo avergonzada.

—¿Cuándo son?

—El finde del 13 de julio. Van a estar los autobuses llenísimos, o nos acoplamos en algún coche o vamos en el primero.

—Siempre puedes usar tu magia, brujita —dijo Min, refiriéndose a la obsesión que tenía Cat por la magia negra, pero ella ni siquiera se inmutó. De pronto, Min alzó las cejas con una gran sonrisa burlona—. O Diana puede convencer a Miguel de que nos lleve. Seguro que si lo pide le da hasta las llaves del coche.

Diana suspiró y negó con la cabeza. Min la imitó, exagerando los gestos.

—Ni que fuera mentira.

—Pensaba que tenía novia —dijo Cat, frunciendo el ceño.

—¿Y qué? El tío es un básico, no va a dejar de estar encoñado con Diana por salir con Patri.

—Chicos, os va a escuchar alguien —susurró Adri acercando la cabeza a ellos, preocupado.

Min chasqueó la lengua y empujó a su novio para que volviera a erguirse mientras cogía el último trozo de pizza.

—Aquí escuchan hasta las paredes, qué más da que cotilleemos en alto. Si quieres me pongo de pie en la silla y pregunto cuánta gente sabe que a Miguel le gusta Diana, van a levantar la mano hasta los gatos.

Diana soltó todo el aire de los pulmones y dejó la corteza en su plato.

—Pues a Diana no le gusta Miguel, así que podemos dejar el tema.

—A Diana le gusto yo —dijo Cat. Puso morritos con los ojos cerrados y miró a su amiga.

La otra sonrió, pellizcándole los labios para enfadar a la más pequeña, quien se separó con un mohín, altanera. Min resopló.

—A ver si os liais de una vez.

—Ya te gustaría a ti —replicó Diana con una medio sonrisa, la cual el chico respondió con un gesto aún más soberbio.

—Pues claro, si vamos a ser el grupo *queer* del pueblo que al menos se note.

Adri frotó la espalda de su novio para que se relajara. A Min, cuando se le daba cuerda, no había quien le parase.

Hablaron sobre Avellanilla y los jóvenes de su edad que seguían allí, los últimos cambios y los cotilleos más jugosos. A las doce de la noche, Manu cerró la pizzería. Habían terminado de cenar hacía tiempo, pero las rondas de bebidas no paraban, al menos las cervezas de Min. Diana se quedó charlando con Adri mientras Cat y Min se fumaban el último cigarro. Era agradable poder estar con el grandullón a solas; se contagiaba de su carácter relajado. No tardaron mucho más en retirarse efusivamente, como si la mitad del pueblo no estuviera dormido.

Las luces de su casa estaban apagadas cuando llegó, aunque podía ver un pequeño resplandor escapándose por la rendija inferior de la puerta de su hermana. No se dio cuenta de lo cansada que estaba hasta que se quitó las zapatillas y se tumbó en la cama, suspirando tan profundamente que sintió poco a poco cómo sus pulmones se iban desinflando por completo.

Temía quedarse dormida con la ropa puesta y amanecer bañada en su propio sudor, así que reunió toda la fuerza necesaria para ponerse de pie y desvestirse. Se había acostumbrado a dormir nada más que con las bragas, y más en verano, así que esperaba que su madre no decidiese abrir la puerta de forma repentina por la mañana, como solía hacer cuando era más pequeña. Seguro que en vez de pedir perdón, lo primero que haría sería fijarse en los kilos de más y las estrías que se le habían formado alrededor del ombligo.

Suspiró. Definitivamente, tendría que poner un pestillo.

Enchufó el cargador al lado de la cama y luego el móvil, recordando que aún no había activado los datos. Cogió aire y pulsó el botón. Comenzó a vibrar tanto que le dio un vuelco al corazón del susto, silenciándolo enseguida y esperando que ni su madre ni su hermana lo hubiesen escuchado desde sus habitaciones; no quería pensar en el malentendido que podía provocar ese ruido.

Sonrió al encontrarse con unos quince mensajes en el grupo de amigos de la universidad, casi todos preguntando si había tenido un buen viaje y si había llegado bien. Sin embargo, volvió a suspirar, tratando de reprimir la sensación helada que le recorría toda la espina dorsal. Los latidos del corazón se le aceleraron con una presión desagradable e invisible sobre el pecho.

No quería pensar en los futuros meses, ni en la búsqueda de trabajo, ni en cuánto tardaría en volver a ver a sus amigos de Madrid. No quería hacerlo, pero cada vez que intentaba centrarse en otra cosa, su hilo de pensamientos regresaba al punto inicial. Los recuerdos de sus cuatro años de carrera le pasaron por la cabeza como si fuera una película con banda sonora nostálgica y cerró los ojos con fuerza. Como si eso pudiese detenerlo. Los paseos a las cinco de la mañana con dolor de pies por la calle Fuencarral para volver a casa, las noches en vela con bebidas energéticas para estudiar en las que siempre acababan haciendo maratones de películas de los noventa, los viernes sin planes que se convertían en el día para ir a la Fnac. Esos en los que no se compraba nada, pero quería llevárselo todo.

Cerró los ojos. Aunque hubiese alguna posibilidad de volver, sabía que no sería lo mismo.

Tras expulsar de nuevo todo el aire de los pulmones, desbloqueó el móvil para ponerse alguna canción relajante con la que distraerse. Si se repetía mucho que todo iba a ir bien, seguro que se lo acabaría creyendo.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. ¿Desde cuándo hacía esa clase de frío a finales de junio en Jaén? Cogió las sábanas y se las echó por encima. Ni siquiera le hacía falta recogerse el pelo largo en un moño. Cerró la ventana e intentó conciliar el sueño.

Diana no llegó a ver la sombra al lado del armario.



2

TUPPERS, GRINDR Y POKÉMON GO

Se despertó con música a todo trapo y el sol dándole en la cara. El pelo se le había pegado a la frente como si de un flequillo improvisado se tratase. Balbuceó algo incomprensible mientras palpaba la mesita de noche en busca del teléfono; eran las nueve y media de la mañana. Se moría del calor y su pared retumbaba al ritmo de pop coreano. Por qué su hermana adolescente se despertaba a esas horas en vacaciones de verano solo para molestar era algo que no lograba comprender.

Gruñó al ponerse de pie y buscó una camiseta con la misma agilidad que alguien cuyas extremidades hubiesen sido anestesiadas. Después salió del cuarto e intentó abrir la puerta de la habitación de su hermana, pero el pomo no cedió. Chasqueó la lengua y llamó varias veces. No hubo respuesta.

—¿Anabel? —llamó, irritada. A las voces de la música coreana se unió el acento andaluz de su hermana. Bufó, alzando la voz—: Illa, baja eso, que no te tienen que escuchar los del grupo en su casa.

La música no cesó, pero finalmente Anabel abrió la puerta, mirándola con los ojos entrecerrados y las cejas alzadas. Diana se cruzó de brazos y levantó la barbilla para poder mirarla a los ojos, intentando imponer todo el respeto que le otorgaba estar en bragas y con una camiseta del Camino de Santiago que le había regalado su abuelo.

—Me has despertado.

—Pues qué pena —respondió Anabel con insolencia, poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza.

Diana arrugó la nariz.

—Oye, ¿qué te pasa? Estás más antipática que de costumbre.

—A mí nada, me he despertado y he puesto música antes de irme a la piscina. No tengo la culpa de que sigas sobando.

—¡Son las nueve! —Diana levantó la voz por pura impotencia.

No entendía por qué su hermana se portaba así con ella. Quizá podría haber razonado mejor si no acabara de despertarse y no tuviese una capa de sudor desagradable pegada al cuerpo. La adolescente no se tomó a buenas el tono empleado y acabó gritando por encima de ella.

—¡Muy bien, sabes leer la hora! ¡Me da igual!

Tras aquello, cerró de un portazo, y Diana se quedó con la palabra en la boca. Suspiró y dejó caer los hombros. No quería seguir discutiendo, y menos por esa tontería.

Se dirigió hacia la cocina para hacerse el desayuno, pensativa. Aún seguía desorientada con la ubicación de las cosas en la nueva casa, pero no le iba a preguntar más a Anabel. Tenía pinta de abalanzarse para morderle un ojo si volvía a acercarse a ella.

Anabel y Diana nunca habían sido hermanas inseparables que se iban de compras juntas e intercambiaban consejos, y la mayor cada vez dudaba más de que esa relación pudiera existir de verdad. Sin embargo, se toleraban bastante bien. De pequeñas, Diana había defendido a Anabel en el colegio cuando los niños intentaban levantarle la falda a ella y sus amigas, y se compinchaban para que sus padres les llevaran al cine a ver la película que querían. Tenían incluso una cancioncilla preparada para esas ocasiones, aunque llevaran casi diez años sin usarla.

Mientras pensaba en eso, Diana encontró el ColaCao, se echó varias cucharadas en un vaso con leche fría y se hizo unas tostadas. La relación había ido enfriándose cada vez más hasta que prácticamente no habían vuelto a hablar; solo se comunicaban a través de gritos en ocasiones contadas.

Quizá fuese la edad del pavo de Anabel, o que Diana había perdido práctica en convivir con ella. Los últimos años habían sido extraños, obligándoles a adaptarse a nuevas situaciones a las que no tendrían por qué haberse enfrentado. Decidió que no iba a ser muy dura con Anabel, al menos no por el momento.

Después del desayuno, Diana se dio una ducha que la resucitó y se vistió con la ropa más ligera que encontró en la maleta. Los pantalones cortos casi no le cerraban y le apretaban por la zona de los muslos. Tenía que comprarse ropa nueva, pero no pensaba decirle nada a su madre. Se preguntó dónde estaría y entonces recordó su nuevo trabajo. Solo esperaba que en ese hotel de Úbeda no les diera por explotarla.

No tenía nada que hacer. No tenía internet en casa, ni carnet de conducir para irse a la ciudad, ni ningún examen que estudiar. Casi echaba de menos lo último. Sentía el peso de una crisis existencial inminente y tenía que ponerle remedio rápido. Llamar a alguno de sus amigos de Avellanilla (o, como Min lo había bautizado, *Hazeldale*) estaba descartado. No quería parecer una pringada que dependía de las tres únicas personas que conocía en el pueblo. Además, era jueves por la mañana, estarían trabajando. Se hizo una coleta, llenó la botella de plástico que había llevado en el viaje con agua de la garrafa (de ninguna forma iba a beber del grifo, y menos después de haber probado la de la capital) y salió a dar un paseo para ver qué había de nuevo en Avellanilla.

El pueblo no era muy activo por la mañana. Casi todo el mundo estaba dentro de sus casas o de los

establecimientos: el único movimiento que se veía era el de la furgoneta que vendía fruta y pan por las casas más alejadas de Avellanilla, subiendo la montaña. Diana se quedó mirando el residencial con nostalgia. Allí estaba su antigua casa, de cuando su padre aún vivía con ellas.

Hacía casi cinco años le había parecido una maravilla que se mudaran a Sevilla. Su padre había conseguido un puesto como director de sucursal en el banco que trabajaba pero en la capital y el ascenso les había permitido comprarse una casa allí. Casa que, años después, tuvieron que vender cuando se separaron.

Diana le volvió a dar vueltas, como muchas otras veces, a que si a su padre no le hubiesen ascendido nunca se habrían mudado a Sevilla y no habría pensado que se merecía una vida mejor con otra mujer que no tenía hijos ni familia numerosa que le impidiese hacer las cosas que siempre había querido hacer, pero que, en palabras de su padre: «Las circunstancias no le habían permitido realizar». Así fue como su padre había decidido catalogar a su madre, su hermana y a ella. Las circunstancias.

Quizá así seguiría viviendo en esa amplia casa con piscina en la montaña, pero hubiera sido retrasar lo inevitable: su padre sería igual de cobarde. Al menos todavía pagaba una pensión a las dos hermanas, pero su madre no podía soportar que su exmarido le mantuviese. Luisa no quería saber nada de él, y Diana no la culpaba. Se sentía igual al respecto.

Tan perdida iba en sus pensamientos que le costó darse cuenta de que la estaban llamando al teléfono. Lo sacó rápidamente del bolsillo apretado de sus pantalones y lo descolgó tras ver que se trataba de su madre que, desesperada por no conseguir que su hija respondiera a los mensajes (seguía con los datos desactivados), la llamaba para recordarle la comida con los abuelos.

Diana colgó y siguió caminando, echando un trago largo a su botella. Avellanilla no había cambiado mucho, a pesar de

las tiendas que parecían haberse modernizado y esa hamburguesería que no había visto nunca antes. Esperaba que no le hiciese mucha competencia a la pizzería de Manu. El pueblo estaba perdiendo la poca vida que le quedaba, cosa que no le extrañaba. Aun así, no podía evitar que la entristeciese.

Avellanilla tenía unas vistas montañosas espectaculares, además del lago, pero realmente no era muy diferente al resto del paisaje de la provincia de Jaén, como la Sierra de Cazorla, así que tampoco destacaba demasiado. Lo más llamativo del pueblo era su historia, tan esotérica como misteriosa, aunque se trataba más de mitos, cuentos y leyendas que iban pasando de generación en generación que de sitios que se podían visitar. Además, muchos de los habitantes, sobre todo gente mayor y cristiana, evitaban hablar de ello.

Sin embargo, a Diana le gustaban todas esas historias sobre las Brujas del Claro y la maldición que se cernía sobre Avellanilla por su culpa. O, al menos, lo poco que sabía, todo gracias al interés que había puesto Cat en dicho tema.

En ese momento, se detuvo frente a una reforma a punto de terminar. Recordaba que había sido un bar con el interior de madera y los taburetes de mimbre donde compraba con Cat los refrescos a sesenta céntimos. Llevaba mucho tiempo cerrado, casi abandonado. Habían echado abajo las paredes externas para sustituirlas por unos ventanales, ahora cubiertos por cartones y papeles de periódico, y había un hueco a la altura de su pecho por el que se sentía tentada a mirar.

Se acercó y, aunque escuchaba voces dentro del local, eso no le impidió apoyar las manos en el cristal y asomarse por el hueco. El interior estaba oscuro, pero a Diana le gustó lo poco que vio. Algunas paredes habían sido pintadas de rojo, otras de azul, y una de ellas estaba hecha de piedra. El suelo era liso, de baldosas con distintos matices de marrón, y la parte que antes había sido la barra donde compraba los

flash ahora era un mostrador mucho más vanguardista. Se preguntó quién sería el dueño y de qué se trataría. Esperaba que se inaugurara pronto, aunque con la suerte que tenía el pueblo últimamente no sería raro si cerraba en cuestión de semanas.

—Eh, ¿te puedo ayudar en algo?

La grave voz le hizo dar un respingo, echándose tanto hacia atrás que por poco no trastabilló con el bordillo de la acera. Formó una sonrisa avergonzada al ver al trabajador frotándose la camiseta blanca llena de pintura, mirándola con el ceño fruncido. Diana negó varias veces con la cabeza mientras se alejaba.

—No, perdona, solo estaba... de paso.

La muchacha se dio la vuelta sin saber muy bien hacia dónde quería ir, sintiéndose estúpida y preguntándose cuál era la edad en la que se dejaba de tener vergüenza porque un adulto se dirigiese hacia ella con tono de bronca.

Ya no le quedaba ningún sitio más que visitar sin repetir caminata y aún faltaba una hora más para comer, así que se dirigió hacia la tienda que llevaba sin pisar desde hacía años, esperando que fuera el turno de Min.

Por suerte, ni siquiera tuvo que entrar para saberlo. Su amigo estaba apoyado junto a la puerta, con las piernas cruzadas y el humo del tabaco revoloteándole por encima de la cabeza. Su camiseta verde pastel le hacía juego con el pelo, el cual se había echado hacia atrás con una diadema para que no se le pegase a la frente. Miraba la pantalla del móvil, pero se percató igualmente de su presencia, alzando la vista cuando subió a la acera. Min echó una calada con una sonrisa ladeada y se guardó el móvil.

—¿Qué pasa, D? No vendrás a hacerme trabajar, ¿verdad?

—*Nah*, voy servida —dijo agitando la botella con el cuarto de agua que le quedaba. Min volvió a inhalar y tiró la chusta del cigarrillo mientras expulsaba el humo hacia arriba. Diana se encogió de hombros y sonrió—. ¿Mañana ajetreada?

—Unos críos han venido a fundirse la paga de la semana en globos de agua, poco más. ¿Y tú qué? ¿Buscando trabajo cosmopolita?

Diana se cruzó de brazos y negó con un suspiro, divertida.

—No es que haya mucha oferta en *Hazeldale* —bromeó, mirando por encima del hombro y señalando con el pulgar—. Oye, ¿sabes lo que están haciendo en el antiguo bar?

Min se cruzó de brazos también y se apoyó de lado en la pared.

—Creo que va a ser una cafetería. Es de la hermana mayor de Lucía, ¿te acuerdas de ella?

Diana tuvo que hacer un viaje por su memoria. La única Lucía de Avellanilla que recordaba era la chica del colegio a la que llamaban *la pija*, así que supuso que se refería a ella. Asintió.

—Pues ha estado colgando carteles por el pueblo. Se va a llamar Hogar Temporal.

La chica se preguntó si podría echar el currículum allí. A lo mejor tenían la plantilla completa; dudaba de hecho de que tuviesen plantilla, pero merecía la pena probar. Min se quedó mirando cómo Diana se perdía en sus pensamientos hasta que chasqueó los dedos delante de ella, alzando las cejas.

—Oye, ¿qué soy? ¿Un personaje no jugable? No te vayas a ir ahora que ya me has preguntado lo que querías saber, ¿eh?

—Que no, imbécil. ¿Tienes cervezas frías?

Min sonrió, mostrando los dientes, y corrió la cortina de bolitas, que tintinearón cuando chocaron unas con las otras, invitándola al interior.

—¿Cómo crees que se sostiene nuestra economía en verano?

Diana rio entre dientes y entró con él al fresco del ventilador de la tienda. Min cogió dos cervezas y él escondió la suya bajo el mostrador, donde no la pudiesen ver los clientes si entraban a comprar. La mayor parte de la visita